

DE BUENAS LETRAS

La perversión del lenguaje

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Hace ya varios años, escribía Néstor Luján en un artículo de una conocida revista semanal que, tras una comilona en Barcelona, él y varios amigos fueron a una destacada casa de 'relax' y al llegar bastante animados la encargada del establecimiento les prohibió la entrada. Uno de los concurrentes, creo recordar que se trataba de Camilo José Cela, para constatar que eran personas respetables dijo: «Somos académicos de la lengua», a lo que la señora respondió que no quería pervertidos en su local.

Escribo esto para señalar el peligro interpretativo y la sinuosa ambigüedad de nuestras palabras, situadas siempre en un tiempo y en un espacio determinados, y que corren el riesgo de severa censura. Para muestra me referiré a expresiones conocidas que han sido más o menos aceptadas y pueden ponerse en entredicho en una realidad global y multiétnica como la que nos ocupa. La frase «hacer el indio» tiene un tono humorístico claro pero podría ser objeto de recursos por parte de ciudadanos de la República de la India o por los nativos americanos que vieran en tales palabras ofensa a su dignidad.

Y no digamos de «trabajar como un negro» que ya de por sí puede ser denigrante por la asociación del significado de esclavismo y demás. Pero ¿qué podríamos decir de «engañar como a un chino»? , comparación extendida en el uso popular cuyo origen no sabemos ciertamente en qué tipo de intercambio comercial se basa su significado pero, si atendemos a la actualidad de nuestros barrios urbanos, la palabra 'chino' ya es sinónimo de bazar, abacería, colmado o mini supermercado cercano de amplio horario y de fácil acceso... Puestos a ser inquisitivos, alguna mente retorcida podría argüir lo de ¿quién engaña a quién?

Siguiendo por tal derrotero, y acercándonos más a nuestro continente, tenemos la frase «fumar como un turco», que ya estará desprestigiada por su actividad humeante, pero pone al antiguo habitante del imperio otomano como un vicioso inhalador de tabaco, mal ejemplo para una vida sana y plena en virtudes. Del mundo eslavo, y casi literario, tenemos otro ejemplo de vicio vitando: «beber como un cosaco», que denigra a ese pueblo valiente y mítico al colocarlo a la altura de una acción tabernaria continua-

da, muestra de la falta de continencia y moderación. Si nos acercamos a nuestros socios de la Unión Europea nos encontraremos con peculiares expresiones que ponen en tela de juicio los comportamientos de varias naciones. Así, de más allá de los Pirineos tenemos lo de «despedirse a la francesa» como sinónimo de no cumplir con la elemental norma de cortesía de anunciar la marcha, dejando a los franceses por maleducados petulantes y redomados. Y continuando hacia el norte, a la península escandinava en concreto, tenemos lo de «hacerse el sueco» para indicar el ponerse de perfil, el no darse por enterado de algo, el pasar del asunto en cuestión para no comprometerse. Hasta ahora, que se sepa, de estas naciones no ha habido quejas formales a través de los correspondientes conductos del Estado. No obstante, conviene ser cauto. Recientemente, un amigo y docto colega exponía como extremo y exagerando la nota, harto ya de la opresión de la censura extrema, que en cosmología llegaría un momento en que se dejaría de decir «agujeros negros», por si resultaba ofensivo, y proponía en su lugar «agujeros afroamericanos».

No obstante, nos quedan refugios verbales de cierta seguridad. De tal modo, podremos seguir usando la palabra 'cafre' para referirnos a personas toscas y brutales en su comportamiento y acción; afortunadamente no se asocia con su origen geográfico, la región bantú de la antigua colonia británica de Cafferria en Sudáfrica; aunque también es homónima con una palabra árabe que significa 'infiel'. En cualquier caso estamos a salvo de la gendarmería lingüística y podremos seguir usando la palabra por si la necesitamos cuando encontremos cafres, si los hubiere, claro está.